

Si se mantienen firmes, conseguirán la vida...*

Jesús Sariego, S. J.**

Queridas hermanas y hermanos:

Un año más recordamos este domingo a los seis hermanos jesuitas asesinados en la Universidad Centroamericana y a sus dos colaboradoras, Elba Julia y Celina Mariset Ramos. Lo hacemos en esta sagrada cripta donde aún resuenan las palabras proféticas de monseñor Romero, cuya presencia resucitada parece invadirnos. Y lo hacemos porque recordar es vivir. Un pueblo sin memoria de su pasado es como un árbol sin raíces: nunca podrá construir el futuro. Claro que no es un recuerdo sin esperanza, sino la ocasión para pedir al Señor su fortaleza para todos nosotros hasta el final de nuestras vidas.

Precisamente de los finales hablan las lecturas de este domingo, ya cercano a la conclusión del tiempo litúrgico. Finales cercanos a la segunda venida de Cristo, final anunciado de la destrucción del templo de Jerusalén, a donde Jesús acaba de llegar con sus discípulos. Ese tiempo final, el día de Yahvé, del que habla Malaquías, aparece caracterizado como un tiempo de violencia amenazadora para nuestra fe. Violencia y rechazo que en el Evangelio de Lucas se describe como un tiempo lleno de dificultades para los discípulos de Jesús. “Les perseguirán y apresarán —anuncia Jesús—, les llevarán ante los tribunales, ante reyes y gobernadores, por mi causa. Hasta sus amigos los traicionarán. A algunos los matarán y los odian por mi causa”...

Sin querer, esta descripción evangélica cargada de duros presagios nos trae a la memoria aquellos tristes días de noviembre del 1989. Me acuerdo bien de que fueron días especialmente fríos, de esos en los que el viento del norte despeja el cielo de la ciudad y se vislumbra nítido el Boquerón. Días de una luz muy intensa. Una luz que parecía estar luchando contra las oscuras tinieblas para poner al descubierto tantas mentiras con las que sus autores querían encubrir el vil asesinato de nuestros compañeros. Recuerdo que monseñor Rivera, lo dijo bien claro aquella mañana al llegar al jardín donde yacían postrados los cuerpos destrozados de los jesuitas. A los periodistas que lo asediaban a preguntas les pidió, antes que nada, un tiempo de oración por los difuntos “como hacemos los cristianos”, dijo, y después, cuando le preguntaban sobre el autor de la masacre, les respondió con esa lúcida claridad del

* Homilía de la misa celebrada en la cripta de la Catedral, el 17 de noviembre de 2013, con motivo del XXIV Aniversario de los Mártires de la UCA.

** Provincial de la Compañía de Jesús.

Pastor valiente: “Fue el mismo odio que asesinó a monseñor Romero”. Y así, desde aquel amanecer, la sangre de los mártires de la UCA y la de monseñor Romero se hermanaron para siempre en un único sacrificio.

El Evangelio habla de juicios amañados y de falsos tribunales. Recuerdo bien aquel primer mes y medio en que el Gobierno negó muchas veces la complicidad del Ejército en la masacre, hasta que, movido por la presión internacional, ya no pudo tapar el sol con un dedo. Cuando al fin se abrió el proceso, fue un camino lleno de obstáculos: nadie quería defender la causa de los padres jesuitas, salvo un profesional que pedía a cambio una cantidad exorbitante y la visa norteamericana para toda su familia. Al fin, dos jóvenes recién egresados, sencillos pero valientes, fueron designados fiscales de oficio. Hoy uno es miembro de la Sala de lo Constitucional y el otro fue viceministro de Seguridad. Recuerdo bien las evidentes contradicciones que aparecían en los testimonios cuando comenzaron las declaraciones de los militares, el claro ocultamiento de varias pruebas, el bloqueo absoluto de informaciones en torno a la cúpula militar en esa noche aciaga, la negativa a permitir el testimonio de un mayor del ejército norteamericano, y un largo etcétera de falsedades que saldrían a la luz cuando un año después comenzó su trabajo la Comisión de la Verdad.

Aunque muchas personas solidarias nos ofrecieron sus hogares, todos los jesuitas nos concentramos aquellos días, por orden de nuestros superiores, en la residencia de El Carmen, en Santa Tecla. Éramos algo más de setenta jesuitas; la mitad, estudiantes de Filosofía y Teología. Era tiempo de toque de queda; después de las cinco de la tarde hasta las cinco de la madrugada, nadie podía deambular y las calles quedaban al capricho de las patrullas militares o de los enfrentamientos con la guerrilla en los últimos días de la ofensiva. Noches largas que ninguno de nosotros olvidaremos. Días de intensa vida comunitaria, tal la más honda de nuestra historia. Sin duda, la cercanía nos fortaleció en nuestra fe y el compartir la misma vocación nos robusteció. Al regreso de nuestros trabajos, recuerdo aquellas eucaristías tan hondas que celebrábamos juntos recordando a veces entre lágrimas a nuestros hermanos, antes de comer y retirarnos a descansar. Sentíamos el orgullo humilde de haber sido compañeros de aquellos hombres a los que Dios quiso tanto que les permitió el testimonio supremo del martirio y el último signo de su amor con este pueblo al que amaban.

Pero como dice el Evangelio, nuestra perseverancia y el recuerdo de los hermanos nos mantuvieron vivos y capaces de apostar por la vida de otros. Como que en la hondura de aquellas eucaristías prometíamos ser fieles a la herencia de nuestros compañeros asesinados. Recuerdo que, durante el día, muchos de nosotros colaborábamos en los refugios improvisados en templos, colegios católicos y parroquias, a los que acudían tantos pobladores que huían de los barrios afectados por la ofensiva. Otros seguían firmes y constantes en sus trabajos en el colegio Externado de San José, Fe y Alegría, parroquias y Universidad Centroamericana (UCA). Incluso una comunidad ubicada en la parroquia Madre de los Pobres, en La Chacra, atravesó momentos de serio peligro al quedar en fuego cruzado mientras protegían a los niños de una guardería parroquial.

No, no nos acobardamos. “Si se mantienen firmes, conseguirán la vida”, dice Jesús en el Evangelio de hoy. No, no nos arredramos. Y es que el Señor nos llenó de una fuerza valiente de su Espíritu en medio de nuestro dolor. Nos dio la fortaleza y las palabras de sabiduría que necesitábamos. Como un gesto de solidaria hermandad, cerca de la Navidad nos visitó el superior general, P. Kolvenbach. Recuerdo que, en una entrevista en casa presidencial, pensando que él venía a sacar a los jesuitas del país, el presidente Cristiani le suplicó que no se llevara a personas que tanto estaban haciendo por la educación de la juventud. El P. Kolvenbach, que por años vivió y sigue viviendo en El Líbano, le respondió que nada de eso pensaba hacer, pues los jesuitas, le dijo, no acostumbramos a huir de donde se nos persigue; al contrario aumentamos nuestra presencia e interés allá donde la causa de Dios está amenazada. Y así fue: más de diez jesuitas del mundo entero se ofrecieron por cada uno de los compañeros caídos en la UCA. Y así, aquella heroica comunidad de jesuitas de la UCA de la que casi no había quedado piedra sobre piedra, se fortaleció con la ayuda de Dios y la solidaridad de gente generosa. La UCA no se acabó: sigue firme, con más alumnos, carreras, postgrados y centros de investigación que entonces. Sigue siendo plataforma y conciencia crítica de esta sociedad, empeñada, en su humilde aporte, en ofrecer alternativas para la paz y el desarrollo justo de este país. “No teman, yo estaré con ustedes”...

En aquellos días fríos de noviembre y diciembre, nunca nos faltó la solidaridad y el cariño de amigos, buenos y honestos samaritanos de corazón generoso. Recuerdo que algunas personas de origen social alto, que eran nuestros amigos sinceros, fueron muchas veces criticados por su gente, a causa de mostrarse cercanos a nosotros, pues —como dijo Jesús— “hasta los amigos les traicionarán”. Los más pobres, los de nuestras parroquias de San Antonio Abad, La Chacra o Arcatao en Chalatenango, como que en esos días nos sintieron más cerca de ellos; como que su suerte y la nuestra se habían hermanado en esas horas. Tengo bien presente un gran abrazo que recibí, en San Antonio, del papá del P. Octavio Ortiz, el joven párroco de San Antonio Abad aplastado por una tanqueta en El Despertar. Además, siempre nos acompañó el apoyo de tantos sacerdotes honestos de este país, religiosos y religiosas, de nuestros obispos que hicieron suya nuestra causa. ¿Cómo olvidar aquella valiente homilía de monseñor Rivera en catedral acusando a las autoridades migratorias norteamericanas por el secuestro e ilegal interrogatorio a doña Lucía Cerna, la testigo que había inculpado a los militares a quienes decía haber visto esa noche? ¿Cómo olvidar a tantos profesores, secretarias, administrativos, personal de apoyo de la UCA y sobre todo alumnos disponibles, atentos, serviciales, cargando con los féretros de los hermanos y conllevando nuestro dolor solidarios? Fueron cientos los testimonios de solidaridad del mundo entero que nos hicieron sentir que Dios estaba con nosotros en medio de aquella oscura noche de odio.

El Señor nos cumplió su promesa: “Les daré palabras de sabiduría, que ningún adversario podrá contradecir”. Al fin, salió a la luz una parte de la verdad de lo ocurrido aquella noche funesta, pese a la falsedad de tantos testimonios. Las tumbas del silencio y la mentira comenzaron a abrirse. Y en enero del 1992, este país pudo llegar a los Acuerdos de Paz que pusieron

fin al conflicto bélico. La sangre de nuestros mártires, como la de monseñor Romero, no había sido derramada en vano. El tiempo convirtió en proféticas las palabras insistentes de los mártires a favor del diálogo y la negociación.

Los jesuitas, como cristianos que somos, bien sabíamos que tarde o temprano, si queríamos vivir los principios del Evangelio, entraríamos en conflicto con los que dominan en el mundo. Es imposible construir un mundo de justicia sin pagar un precio, aunque haya sido tan caro como este. Y por eso, este ignominioso asesinato de los compañeros no nos sorprendió ni nos hizo retroceder en nuestros trabajos. Como recuerda la 2.^a Carta a los Tesalonicenses, que leíamos, no quedamos inactivos ni ociosos ante la realidad presente, ni queremos sucumbir a esa tentación después de 24 años. En este tiempo, muchos templos se han venido abajo, pero nuestra fe en Jesucristo resucitado, la que movió a nuestros hermanos de la UCA, sigue firme, en pie, alimentando nuestra esperanza hasta siempre. Amén.